

EDIPO. — ¿Qué cosa, en verdad, puedo yo mirar ni amar?
¿A quién puedo dirigir la palabra o escuchar con placer, amigo?
Echadme de esta tierra lo más pronto posible; desterrad, amigos,
a la mayor calamidad, al hombre maldito y más aborrecido
que ningún otro de los dioses.

CORIFE0. — Digno de lástima eres, lo mismo por
remordimientos que por tu desgracia. ¿Cómo quisiera
ca haberte conocido!

EDIPO. — ¡Ojalá muera, quien quiera que sea, el que
monte desató los crueles lazos de mis pies y me libró y salvó
muerte, sin hacerme ninguna gracia! Pues muriendo en
no habría sido, ni para mí ni para mis amigos, causa de
dolor.

CORO. — Y yo también quisiera que así hubiese su-
ni a que los mortales me llamaran esposo de la que me dolió.
Pero ahora me veo abandonado de los dioses; soy hijo de
impuros y he participado criminalmente del lecho de la
engendraron. La desgracia mayor que pueda haber en
do le tocó en suerte a Edipo.

CORIFE0. — No sé cómo pueda decir que hayas
buena determinación; mejor te fuera no existir
ciego.

EDIPO. — Que no sea lo mejor lo que he hecho
que decírmelo, ni tampoco darme consejos. Pues
con qué ojos, si la vista conservara, hubiera podido
mi padre en llegando al infierno, ni tampoco a mi
nada madre, cuando mis crímenes con ellos dos
res que los que se expían con la estrangulación. Pero
la vista de mis hijos —engendrados como fueran
drados— podía serme grata? No; de ningún modo.
ojos, jamás.

Ni la ciudad, ni las torres, ni las imágenes sagradas.



“Porque la gente mira las apariencias, pero
Dios mira el corazón”. 1 Samuel 16:7

Bienvenido al
Ministerio Adventista de las Posibilidades.
Es un placer poder compartir contigo esta
maravillosa e inspiradora iniciativa.
El Ministerio Adventista de las Posibilidades
opera con la creencia de que todos son dotados,
necesarios y valorados, independiente
de su condición.



Ministerio Adventista
de las Posibilidades

mi malaventura —siendo el
gritud en Tebas—, me privé a
que expulsaran al impio, al que
hacían aparecer como impura
manifestado tal deshonra como
nos ojos a éstos? De ninguna
del oído pudiese haber cerrado
arlo yo el no habérselas cerrado
que fuese ciego y además nada
amiento apartado de los males es

me recibiste? ¿Por qué, al aco-
seguida, para que jamás hubiera
s de dónde había nacido? ¡Oh
nerable palacio que yo creía de
en mí una hermosura que no era
dades! Ahora, pues, me convenzo
versera raza nacido.

multas cañadas y espesa selva y es-
a, que mi sangre por mis mismas
drel: ¿Acaso recordáis aún los crí-
metri, y luego, al llegar aquí, cuáles
nupcias, nupcias, me engedasteis; y
ndasteis de nuevo el mismo semen
manos, hijos —sangre de la misma
os y madres y cuantas cosas igno-
res haya! Pero como no se debe de-
hacer, cuanto más pronto, ¡por los
adme en alguna parte; matadme o
de jamás me podáis ver ya. Venid;
bre miserable. Creedme, no remáis;
hay quien, sino yo, sea capaz de so-
bres.